

continuo iluminada por espléndidos albores de una idealidad cristiana, entregó al ángel de la muerte su cuerpo que no pudimos tay! defender con todos nuestros esfuerzos los amigos que le rodeábamos, ni su numerosa familia con toda la solicitud del amor más tierno.

Murió como había vivido: lleno de entereza, inflexible en sus resoluciones, ejerciendo sin galas aparatosas los consoladores preceptos de su creencia; envuelto, podemos decir, en el niveo manto de su modestia, y coronado por la más envidiable de las coronas todas, por la del respeto de cuantos le trataron.

Así expuestos al correr de una pluma convulsa por el dolor, los títulos con que el venerable difunto reclama de nosotros imperecedero recuerdo; dibujado como toscamente queda el sello de grandeza que á sus actos impuso quien fué mi venerado maestro, mi compañero y amigo, decid si no hay razón bastante para que, como yo, la sociedad entera deplora no contarle más entre los seres vivientes, y para que con especialidad la Academia de Medicina no enlute sus salones y convoque á los amigos á esta sesión de reciproca condolencia?

Queda en el seno de Dios, alma noble de RAFAEL LUCIO! Pertenece á la historia tu vida que fué tan breve, vista su gran importancia, y queda para nosotros tu memoria imperecedera como magnífico ejemplo de conducta social.

Verterá el tiempo sus bálsamos propiciatorios sobre nuestro corazón doliente; la muerte nos arrebatará á todos nosotros tarde ó temprano; pasarán las generaciones y con éstas sus obras de argamasa y de granito, porque nada hay estable ni duradero en nuestro misero planeta, porque la mano del tiempo todo lo arranca de cuajo y lo destruye todo; pero á pesar de esa eterna mutación de las escenas de la vida; en contra de ese oleaje agitado de continuo, que es símbolo de la humanidad en marcha, permanecerá enhiesta é incommovible la roca de la historia, en la que figurará entre venerandos nombres el nombre de RAFAEL LUCIO.

México, Septiembre 2 de 1886.

MANUEL DOMÍNGUEZ.

POR LA SOCIEDAD "PEDRO ESCOBEDO."

SEÑORES:

En el momento en que para llenar la honrosa misión con que se dignara enaltecerme la «Sociedad Médica Pedro Escobedo,» dejo escapar de mis trémulos labios las primeras frases que vengan á simbolizar la alta estima

en que aquella Academia tiene la gloria inmortal del ilustre sabio cuyo fundado apoteosis se celebra en este recinto; al articular, repito, mis primeras palabras, me siento verdaderamente confundido, tanto por la grandeza del objeto á que van dirigidas, cuanto por el fondo de inutilidad sobre el cual van á destacarse mis pálidos conceptos.

En efecto, ¿qué Escuela, qué cuerpo científico, qué agrupación cualquiera donde se rinda culto al estudio, donde se sienta amor por el saber, donde se camine á impulsos del verdadero progreso, no levanta un himno de admiración y de respeto al augusto nombre del eminente Dr. Lucio?

¿Quién, y en dónde pueden desconocerse las grandes cualidades de ese sabio con cuya refulgente historia se inunda de luz á nuestra Patria?

Si el solo nombre del immaculado Lucio es todo un poema de virtud y de talento; si para formarlo parece que se han condensado íntimamente la sabiduría y la gloria, como se condensan la luz y el calor para producir un rayo del sol que nos alumbra; si de Lucio, sin hipérbole ninguna, pudiera decirse que la mano omnipotente del Creador lo formara para servir de ornato á nuestro siglo; si todos proclamamos y muy alto, que durante su cara existencia, supo realizar grandes designios, ejecutar las mayores cosas, levantarse sobre sí mismo en el cumplimiento del deber; sobrepujar la esperanza de sus contemporáneos y despertar la admiración de la posteridad, porque tanta y tan vasta era su inteligencia; y por último, si su mayor y más completo elogio reside en la inmensa trascendencia de su enseñanza y de sus hechos mismos, entonces ¿á qué detenerme en enumerarlos, á qué intentar medir lo gigantesco de su talla científica, cuando lo grande y lo sublime parece que se amengua á medida que más trata de ensalzarse . . . ?

Por otra parte, ese relato biográfico ha sido ya formulado con toda erudición por el notable orador que en esta fúnebre ceremonia llevara la voz oficial de la muy Honorable y muy respetable Academia de Medicina de México.

Por eso he dicho que tenía la íntima convicción de la inutilidad de mis humildes expresiones, porque creo firmemente que basta pronunciar el nombre tan querido entre nosotros, de Lucio, para despertar con él en nuestros corazones el amor y la gratitud; para exaltar con él nuestra imaginación, deleitándola con los purísimos contornos de la apacible figura de un sabio.

Nombrad á Lucio, y no encontraréis frases con que ilustrar su memoria, porque en semejante caso, el lenguaje parece como de nieve, y las palabras más vivas parecen como de hielo. Nombradle, y no tendréis que añadirle ningunos comentarios: el valer está únicamente en su nombre, como

lo está en el de Sócrates, en el de Aristóteles, en el de Hipócrates, en el de Galileo, y en los de toda esa sublime falange de los sabios, entre los cuales Lucio figurará de hoy más en adelante. Ya el ángel de la justicia escribió con luz de gloria su nombre en el libro de la inmortalidad y de la fama, al lado de los seres extraordinarios con que se honra la humanidad.

Pero si verdad es que la «Sociedad Pedro Escobedo» tiene amor, veneración y respeto para la memoria del augusto Maestro, que en vida la ilustrara escribiendo su nombre en el catálogo de sus *socios honorarios*, no lo es menos que se halla verdaderamente atribulada, por la honda pena que le produjera la irreparable pérdida que sufrió con la sentida muerte del esclarecido Dr. Lucio. Tan rudo golpe la ha conmovido profundamente, y en su infinita amargura asocia su dolor al vuestro, y como vosotros, señores académicos, viene á humedecer con sus lágrimas, como César lo hiciera con los restos de Pompeyo, la memoria del ilustre genio, del hábil patologista, que el helado beso de la muerte ha extinguido para siempre.

La Sociedad que me envía, en la intensidad de su dolor, no puede ni darse cuenta de su desgracia; no comprende ni quiere creer en tamaña desventura: por eso, como todos vosotros, deplora la eterna ausencia del varón sapientísimo, que en las sociedades científicas era como las columnas de un templo en ruinas, es decir, su más sólido y firme apoyo. Lamenta la desaparición del insigne profesor Lucio, porque era el cariñoso mentor de la juventud estudiosa, sobre la cual dejaba irradiar amplia y noblemente todo su saber y toda su ilustración.

Ungida por el llanto con que el dolor hace sangrar al corazón, vengo á depositar la humilde ofrenda de la eterna admiración que profesa la «Sociedad Escobedo» hacia el hombre sublime y venerable que debe llamarse como el Dante nombraba á Aristóteles, esto es, el *maestro de los que saben*; al genio ilustre que entre el Cuerpo Médico Mexicano, por su saber, se destacaba arrogante y majestuoso como se alza el sol por el Oriente al despuntar el día: admiración y simpatías, respeto y veneración os traigo para el inolvidable y sentido sabio, á quien la generación actual, sin envidia ni pasión por su inmaculada gloria, absorta y cariñosa, contemplaba sólo su grandeza, comparándola á esas altas montañas, cuya cima, arriba de las nubes y de las tempestades conservan siempre la serenidad de su altura y no pierden ningún rayo de la luz que las envuelve.

Llenos de fe y de cariño, y santificando con nuestro recuerdo en esta solemne noche la memoria del Dr. Lucio, repitamos para nuestro propio consuelo estas palabras de Tasso, en su «Jerusalem Libertada: «No debe-

«mos afligirnos y llorar por tí, pues no has muerto sino para resucitar en «la mansión celestial; y estos lugares donde has dejado tus despojos mortales, están llenos con el recuerdo de tu gloria y de tus virtudes.»

J. R. DE ARELLANO.

POR EL CONSEJO DE SALUBRIDAD.

SEÑORES:

¿Cuál es la Sociedad Médica de México que no haya experimentado el inestimable valor de los consejos del esclarecido Dr. D. Rafael Lucio? El Consejo Superior de Salubridad le debe la resolución de varias consultas difíciles que se le propusieron en distintas ocasiones, y recientemente su cooperación al mejor éxito del Congreso Nacional de Higiene. Encargado entonces de la presidencia de una de las comisiones más importantes, la relativa á higiene internacional, se pudo ver su empeño decidido en el cumplimiento de sus deberes, el amor que le tenía á su patria, y sus ideas tan arraigadas de orden y de severa justicia. Veraz y honrado, práctico sencillo y de muy buena inteligencia, llegó á ganarse la admiración de todo el Congreso, y más de una vez se vió que diversas opiniones que habian dado lugar á una discusión acalorada, se rendían aun á falta de pruebas convincentes, á la autoridad del que siempre era creído, á la autoridad del Sr. Lucio.

Pero para qué recordar más esos episodios y otros muchos del sabio ilustre, si han de aumentar más nuestro justo dolor, pues á pocos hombres hemos estimado con más sinceridad, y de muy pocos, como de nuestro maestro muy querido, hemos recibido pruebas innumerables de benevolencia, de simpatía y de cariño?

A la Academia de Medicina manifiesta el Consejo Superior de Salubridad, por mi conducto, que se asocia de todo corazón á estas manifestaciones de duelo que tienen ahora lugar en memoria del distinguido sabio.

D. ORVAÑANOS.

POR LA SOCIEDAD DE FARMACIA.

SEÑORES:

La segur de la muerte no respeta ni aun á aquellas cabezas sobre cuya frente brilla la aureola divina del talento; todas caen en la negra sima que cubren las tinieblas de la eternidad; todas se abaten delante de ese decre-